

iglesia metropolitana; Revolución en la instrucción pública superior (Bogotá, 1892), Constituciones del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario (Bogotá, 1893), Apuntes sobre literatura (Bogotá, 1894), La emancipación de América ante la moral católica, obra en la que comentando la novela Gigantes del doctor Felipe Pérez, reconoce que España trajo a sus colonias una «civilización fructuosa para aquellos tiempos» y gobernadores como Ezpeleta, al que tanto debe Colombia, y cuya administración será siempre un timbre de gloria para el gobierno de la metrópoli que lo envió; Ensayo sobre la doctrina liberal, Lo nuevo y lo viejo en la enseñanza, y algunos otros trabajos de no menor importancia.

### CONFERENCIA DEL DOCTOR SAAVEDRA GALINDO EN HONOR DE MONSEÑOR RAFAEL MARIA CARRASQUILLA

(Marzo 22 de 1930)

Jóvenes estudiantes:

Pensad en que os hablo bajo el peso de uno de los dolores definitivos de mi vida: la muerte de mi ilustre y amado maestro, del esclarecido Rector del Colegio del Rosario, que me entregó mi diploma de doctor en jurisprudencia, y que formó en su molde único en la patria colombiana, mi sér moral. Excusadme el desorden de mis ideas. El golpe ha sido tan rudo, que no he podido concentrarlas y ordenarlas, cual lo requiere el varón egregio, en cuya memoria voy a ocuparme.

Debo a vuestro distinguido Rector, el doctor Mario Carvajal, el señalado honor de expresaros a vosotros de viva voz lo que sólo quería yo escribir en la penumbra de mi escritorio, con el silencio de la pluma, para algún diario de la ciudad.

Caracterizado discípulo de Monseñor Carrasquilla,

como quien os habla, el doctor Carvajal, ha querido él que modelase yo mis hondos sentimientos por la muerte del maestro amado y venerable, en el tono y en el marco sencillos de una conferencia escolar para vosotros. Por esta razón, vais a escucharme en el breve tiempo que ahora me permite mi quebrantada salud.

Monseñor Carrasquilla murió a las nueve y media de la noche del martes, 18 del corriente marzo, en la casa rectoral del Colegio del Rosario en Bogotá, a la edad de 72 años.

Como lo veis, no era un anciano por el correr del número de años vividos. Pero tenía ya blanca la cabeza pensadora. Como los conos nevados de los volcanes, se había emblanquecido por la altura y la serenidad alcanzadas. Su cuerpo, de figura recia y augusta, que reclamaba la investidura cardenalicia, estaba ya inclinado no tanto por la pesadumbre de los años, como por el peso de sus merecimientos. Era la luz disminuída de una lámpara, cansada de alumbrar durante tres cuartos de siglo el altar de la patria.

Vivía ya solo en la histórica casa de los rectores del Rosario, con la única compañía de su fiel hermano sobreviviente, don Pedro Carrasquilla, y de una virtuosa mujer, extraña a él, que voluntaria y cariñosamente, desempeñaba con el eximio sacerdote la noble misión que desempeñan en los sitios del dolor las hijas de Vicente de Paúl.

Se había quedado solo en la vida. Unos en pos de otros, lo habían ido abandonando, segados por la hoz de la muerte, padres y hermanos. Ya en su agonía, confesó Monseñor que el amor de su madre había sido el único amor suyo sobre la tierra. Y con razón. Porque ella, doña Emilia Ortega de Carrasquilla, fue una madre angelical, y uno de los más bellos espíritus de mujer.

Sufrió, por tanto, Monseñor la soledad de la vejez,



que es la más triste. Una vez me decía él: «Green algunos que la soledad final de la vida, es sólo patrimonio de los sacerdotes, por el celibato católico. No, mire usted al ilustre presidente, don Jorge Holguín: tuvo doce hijos, y vive solo en su regia mansión». Efectivamente, el señor general Holguín vivió solo en los últimos años de su preciosa existencia. Así lo encontré yo en las varias veces en que tuve el honor de visitarlo.

La soledad es, en consecuencia, el amargo patrimonio de la vejez del hombre.

Vais a ver, a grandes rasgos, el vacío que en el mundo deja la muerte del preclaro varón que todos hemos conocido con el nombre nacional de Monseñor Carrasquilla.

Os digo que las letras castellanas están de luto, con «su desaparición», como dijo el *Figaro* de París cuando murió Castelar. Porque las siete oraciones fúnebres de Monseñor, entre las cuales sobresale, como la más elevada y completa de todas, la que hizo al pontífice Leon XIII, son un verdadero monumento del idioma de Castilla, en el orden de la oratoria sagrada. Estas siete oraciones, como todas las que hizo sobre vastos temas de la mística, de la ciencia y de la patria; las dos que pronunció en Lima, y la última, que escribió ya en su lecho de dolor, sobre el centenario de la muerte de Bolívar, y que leerá en su nombre el 17 de diciembre de este año el obispo de Santa Marta, en esa ciudad, responden del concepto de que Monseñor Carrasquilla es, con Monseñor Cortés Lee, el par de oradores sagrados más grandes que ha tenido la lengua castellana, en el espacio y en el tiempo.

Son ellos dos los únicos que pueden compararse en nuestro idioma a Massillón, a Bossuet y a Lacordaire, los astros reyes del púlpito de Francia, que es el más grande de la historia. Porque los magnos oradores sagrados del mundo han sido franceses. Ellos fueron los que dieron para la cátedra sagrada el modelo de lo sublime. Suyos

son estos pensamientos, estrellas solitarias del púlpito católico:

«Sólo Dios es grande, hermanos míos», dijo Bossuet ante el cadáver de Luis XIV.

«Todos los honores están aquí; sólo falta la persona a quien se tributan», dijo Massillón ante el cadáver de un rey.

«La palabra de Dios no se aplaude, sino que se practica», dijo Lacordaire, rechazando el aplauso que estalló en las naves del templo en que pronunciaba una de sus más grandes oraciones. Y lo decía ocultando sus pálidas manos entre las amplias mangas de su hábito de dominico.

Nadie, en verdad, ha hablado en el templo con tan sublimes palabras. Son ellas un patrimonio exclusivo del púlpito de Francia.

España, que ha tenido los más grandes escritores de la mística del orbe, y los más grandes oradores profanos del mundo, puesto que tuvo a Castelar y a Cánovas; a Castelar, a quien llamó Víctor Hugo, que lo oyó, «el primer orador de los tiempos», no ha tenido, sin embargo, por uno de aquellos raros fenómenos de idiosincracia racial, oradores sagrados de esa talla caudal. Pero los tuvo América, su hija, en Carrasquilla y en Cortés, colombianos nacidos en Cundinamarca, y ellos son también una genuina gloria de España. Así como España, nuestra abuela, fue vencedora con la derrota que le infligió Bolívar, auténtico español de raza, y uno de los leones del escudo de España, aunque nació en Caracas.

Los bogotanos sintetizaban a estos dos grandes oradores, así: «Cortés enamora, Carrasquilla convence». Exactísimo concepto, del cual podemos dar fe quienes tenemos la dicha de poder decir que los oímos.

Pensemos al citar el concepto de Hugo sobre Castelar,

que de Víctor Hugo dijo Renán que había sido hecho por un decreto personal y nominativo de Dios.

Y pensar en la modestia con que Monseñor Carrasquilla me dedicó a mí, el último de sus discípulos, el primer ejemplar del único libro completo que se hizo de sus oraciones fúnebres. Oíd la dedicatoria, escrita de su puño y letra: «Al señor doctor José M. Saavedra Galindo, a quien se debe este libro. El autor».

Monseñor Carrasquilla, en sus dos aspectos de maestro y de orador, puede hombrarse con los más grandes rectores de la intelectualidad de hispanoamérica. Bello, el mayor de todos, antes del cual, «el castellano era un dialecto», Cuervo, el filólogo, el Littré, autor del diccionario de construcción y régimen del castellano. Caro, el humanista. Suárez, el escritor. Perez Triana, el políglota. Pombo, el arpa lírica más completa. Silva, el creador de las nuevas gamas del verso castellano. Valencia, el supremo artista. Rodó, el estilista. Y Montalvo, el Cervantes americano.

Y paremos de contar.

Como maestro, es monseñor Carrasquilla el mayor de los rectores de la ilustre galería rectoral del Colegio del Rosario. Allí está su obra en la restauración del claustro: Estatua del fundador del Colegio, Fray Cristóbal de Torres. El espléndido campo Mutis, para el desarrollo físico y el esparcimiento de los educandos. Aula máxima, aulas de enseñanza, la capilla, el restablecimiento de la facultad de jurisprudencia. La fundación de la facultad de filosofía y letras. El resurgimiento de la mente filosófica del doctor de Aquino. Sus 38 años de rectorado, son la segunda fundación del Colegio del Rosario.

Por esta razón, pudo ver con sus ojos terrenos, su propia estatua, dentro del claustro amado; y pudo leer con ellos la ley de honores con que por medio del con-

greso de 1915, rindió homenaje la república a sus bodas de plata de maestro.

Como didáctico, puedo decir que monseñor Carrasquilla era el tipo del maestro perfecto. Dueño de un vasto saber, era también capaz de transmitirlo a sus discípulos más inferiores. Era la claridad misma en la exposición. Quien no le entendía una explicación a monseñor Carrasquilla, debía prescindir de entender. Su objetivo primordial era conseguir que el alumno repitiese con sus propias palabras lo que él le había explicado con las suyas. Sólo así quedaba convencido de que había transmitido a sus discípulos su docta enseñanza. No recibía lecciones de memoria.

Tal era su manera de efectuar su sucesión intelectual. Única posible en el maestro soberano. La castidad sacerdotal, sólo le permitía la trasmisión intelectual de su sér, por la cópula pura de la idea. Y así formó monseñor sus millares de discípulos; los que están aquí, hijos del Valle, escuchándome para rodear con amor este homenaje, como los que se hallan esparcidos en todo el suelo de la patria, y aun fuera de ella, vivos, unos, y otros, ya en la paz de la tumba.

Trasmitía así su sér de maestro a la posteridad, como dice Paul de Saint Víctor que surgió la Venus griega que nació al tacto de Fidias: «De un cerebro viril, engendrada por la idea, y no por la presencia de ninguna mujer, como en los tiempos de la estatuaría antigua, que sólo representaba tipos sobre-humanos y pensamientos eternos».

Siempre que me ha tocado escalar la tribuna pública, he pensado que es ella un sagrado culto para mí, al recordar que para ocupar ese sitio, sólo me autoriza el compromiso de honor con quien fue mi maestro en la oratoria.

En su seriedad de maestro y en su distinción de rector, era monseñor Carrasquilla de un corazón tierno. Esta

observación no sólo fue mía. Lo fue también de su venerada madre, que me la apuntó muchas veces. Sufrió monseñor cuando tenía que aplicar alguna sanción a sus estudiantes. Durante mis seis años de internado en el Rosario, sólo le vi enojado una vez, y después me confesaba que le había pesado, expresándome que la cólera no sólo ponía al hombre en pecado, sino en ridículo.

Las gentes que vulgarmente confunden el orgullo con la dignidad, llegaron a decir que monseñor Carrasquilla era hombre orgulloso. Falso concepto. Me tocó presenciar los actos en que él recibió los mayores honores de su vida, y nunca le ví el más mínimo rasgo de vanidad; como el que tuvo Caro, por ejemplo, cuando contestó a quien le tachaba de soberbio, que «la soberbia era pecado de ángel». Es más: reía e ironizaba a solas y en la intimidad, de las pompas y vanidades del mundo, aun de las que a él le habían correspondido.

No conoció la intransigencia sino en los clásicos principios que él profesaba. Jamás con los hombres. Tenía amigos en todos los partidos políticos y en todas las creencias. Y en las grandes festividades de su colegio, gustaba juntar en la misma mesa a todos los colegiales antiguos y nuevos, cualesquiera que fuesen sus ideologías. Comprendía que la tolerancia es la palabra de más bello sentido en los avances de la civilización humana. Y este rasgo característico de monseñor, imprimió carácter a los rosaristas que él educó, no tienen pasiones extremas; presentan proyecciones suaves en todos los órdenes del pensamiento, y se aman colectivamente como una familia de hermanos.

El Pontífice León XIII, el más grande de los últimos siglos de la Iglesia, envió a monseñor desde Roma, a su casa de habitación en Bogotá, el diploma de doctor en Teología, sin que monseñor hubiese pisado nunca los umbrales del Colegio Pío Latino, el que expide las borlas

doctorales de la Iglesia Romana en las márgenes del Tíber sacro. Con lo cual, os señalo al sacerdote católico más eminente en nuestro suelo. No sé de otro que en la América haya alcanzado semejante honor.

Mirad, jóvenes educandos, este acervo de grandeza: monseñor Carrasquilla presidió la Academia colombiana de la Lengua, y fue correspondiente de la Real de España. Académico de la historia, a la cual enriqueció con su sagaz y erudito estudio sobre la verdadera expedición neogranadina a la campaña primitiva de Bolívar en Venezuela.

Nunca quiso recibir la dignidad obispal. Mandó una vez a su ilustre madre a suplicarle al presidente Reyes, que no insistiese en indicarlo como obispo. Reyes accedió. Y monseñor me explicaba después, que había adoptado este procedimiento porque una vez indicado por el presidente, el Papa lo nombraba, y que él no era capaz de desobedecer al Pontífice.

Filósofo y pensador profundo, dejó su tratado de Metafísica, inapreciable gimnasio intelectual y sólido fundamento de ideas y de principios, que no podrá borrar fácilmente el soplo rasante del tiempo.

Hijo de don Ricardo Carrasquilla, uno de los más eminentes maestros de Colombia, continuó su obra educadora durante medio siglo. Nieto del general José María Ortega y Nariño, que lució en su pecho la estrella de los libertadores de Venezuela. Sobrino de Nariño, el precursor de nuestra independencia. El matrimonio de sus abuelos maternos, lo apadrinó Bolívar en persona, en vísperas de la histórica acción de Puerto Cabello.

Familia procerca era la suya. Ilustre abolengo, en sangre, en virtudes y en glorias, aprestigaba su cuna. Sin embargo, monseñor Carrasquilla enseñaba en la Filosofía la unidad y la igualdad de la especie humana; predicaba como su tío Nariño, los derechos del hombre y del ciu-

dadano; y decía que los negros del Cauca eran superiores a los indígenas de Cundinamarca y Boyacá, que aquéllos eran inteligentes y que sus errores y delitos se debían a las lecciones de sus malos conductores, porque los negros caucanos aprendían lo que se les enseñaba. Así hablaba el dueño del noble escudo de los Ortegas y Ricaurtes.

Monseñor Carrasquilla era un patriota absoluto, de alma y corazón, como lo fueron sus abuelos. Y es él un ejemplo precioso de patriotismo en esta edad del oro corruptor. Un boliviano consumado. Cuando me leyó la última de sus oraciones fúnebres, la del centenario de la muerte del Libertador, que ya he citado, me confesaba en su sillón de enfermo, que el culto a Bolívar y a su madre, eran los mayores cultos de su vida. Varias veces me confesó que su fe en Dios era inquebrantable.

Fue Ministro de Caro; y si no se hubiese ordenado, habría sido presidente de Colombia, porque para ello le sobraban talentos, virtudes, amor a su patria y dón de gobierno, demostrado durante los treinta y ocho años en que gobernó la república del Colegio del Rosario.

De las dignidades eclesiásticas, sólo quiso aceptar la de Canónigo del Capítulo Metropolitano del Arzobispado de Bogotá, porque se la ofreció su maestro, el insigne patrio y brillante jefe de la Iglesia colombiana, monseñor Herrera Restrepo. Recibió también la de asistente al Solio Pontificio, que le envió el Papa.

La vida de monseñor Carrasquilla reclama el espacio de un denso libro. No pretendáis que me quepa a mí en estas breves líneas. No puedo hacer caber un mundo de grandeza en el ánfora estrecha de una conferencia escolar. Os hago apenas este derrotero, para que os encaminéis al vasto estudio de aquella vida meritísima, que si se ha extinguido en el tiempo, vive para la inmortalidad. Imitadla. Es lo único que podemos hacer ante ella. No somos capaces de hacer lo que hizo monseñor Carrasquilla.

Conformémonos con imitarlo, como dijeron los discípulos de Pasteur.

Personalmente, ¿qué puedo yo decir de monseñor Carrasquilla, tocante a sus relaciones conmigo? Fue mi sabio, mi amado y venerado maestro, no sólo en las aulas sino en la casa paterna, en el paseo, el comedor, los recreos escolares, salones sociales, en el templo y en dondequiera. Porque monseñor Carrasquilla se impuso el deber de educarme con esmero. Quiso hacer de mí, y claro está que no pudo lograrlo, un discípulo predilecto; un sucesor que reflejara siquiera fuese como la ínfima guija del cristal de un río el esplendor del sol, la suprema irradiación de las aguas luminosas del diamante de su espíritu, que él quería dejarle a alguien en el mundo, y que jamás lo encontró. Le atormentaba esta idea. Sobre todo en sus últimos días. Quería testar su grandeza, como el multimillonario su fortuna, pero no tuvo a quién.

Ocupé un puesto en su mesa familiar. Fui propiamente un miembro adoptivo de su familia. «El mejor amigo de mi madre», me llamó una vez, en ocasión solemne.

Fue mi protector, cuando mi nombre era desconocido. Quiero decir, más desconocido que ahora. Me abrió las puertas del Rosario, cuando todas las demás se me cerraron en los institutos de nuestra capital. Y sólo me exigió un certificado del cura del pueblo en que nació, que apenas decía que era yo «un joven inteligente y bueno, nacido de padres honestos».

A él le debo «ese poco que soy», como dijo la clásica Teresa de Jesús.

Fue el mío en el Rosario el primer grado de la restauración de la Facultad de Jurisprudencia que hizo monseñor en el claustro. Con mi eslabón inicial ha seguido la cadena. ¡Y monseñor tuvo para este grado la mayor demostración de solemnidad que puede hacer aquel institu-

to. Invitó a las altas autoridades civiles y eclesiásticas, y al público por cartelones murales.

Al entregarme mi diploma me dio estos consejos:

«Tenga usted cuidado, que el mundo perdona con facilidad nuestros defectos, difícilmente nuestras cualidades.

«Jamás se pierda por dinero. Cuando llegue a ser juez, no sacrifique la justicia, a ningún precio, aun cuando tenga sobre sí a los tribunales superiores, que puedan restablecerla.

«Nuestros mejores amigos son nuestros padres. Sepa usted, que yo le tenía tal confianza a mi padre, que le contaba mis faltas».

Monseñor Carrasquilla me otorgó los mayores honores y distinciones del colegio. Y me hizo otorgar del presidente Reyes la primera colegiatura del claustro, que sólo se había dado antes al propio monseñor para hacerlo rector. Es la que dan hoy los presidentes de la república, que son patronos del colegio, y la que daban los reyes de España a los colegiales de la Universidad de Salamanca.

¿Qué queréis que yo diga? ¿Qué queréis que yo haga ante la tumba recién abierta de monseñor Carrasquilla, como mi maestro, y mi amigo, el legítimo orgullo de mi ser y de mi vida, que gozaba y sufría, como todo creador, con los goces y con las penas que yo he encontrado en mi camino? La intensa alegría de mi vida juvenil en los claustros del Rosario, se me aclara hoy más que nunca en el recuerdo. ¡Oh, claustro amado! De tí llevo en el alma lo que sólo se borra con la muerte. Y me apena, sin embargo, recordarte hoy. Siento el hondo pesar, ya en la edad madura, de que el hijo sucesor de mi nombre, por su corta edad, no hubiese alcanzado a ser educado por el maestro que me educó a mí. Se me ahoga la voz en la garganta con el temblor de las lágrimas, al expresaros que sobre el duelo inmenso de perder mi maestro ve-

nerado, he tenido que sufrir, además, la honda amargura de haberme encontrado imposibilitado para volar a acompañarlo en sus últimos momentos. Para ello me ha faltado la salud. Y he quedado, como dijo el poeta, «cual si hubiese bebido de un solo sorbo toda la amargura del mar». Pero oíd mi último telegrama a su hermano Pedro: «Imposibilitado por grave quebranto de salud para ir a cumplir mi último deber con mi maestro querido, ruégole a usted darle en mi nombre un beso en la frente y otro en el corazón, antes de que lo reciba la tierra».

«Oh muerte muda, ¿qué mal me has hecho?» ¿Eres, acaso, como el dolor la única verdad en la tierra?

No acierto a decir más. Siento la inefable tristeza crepuscular de la muerte de un sol de mi vida y de mi patria.

### La figura de un varon completo

Acababa de cerrarse la era de las guerras civiles en Colombia, cuando monseñor Carrasquilla, afanoso por recuperar el tiempo perdido por la juventud en la contienda fratricida, reanudó en el mes de junio de 1902 las tareas del Colegio del Rosario. Tuve la fortuna de llegar ese año al histórico instituto, y desde entonces pude apreciar la gran figura procerca del Rector del colegio, digna del escenario de la república.

El doctor Carrasquilla, con su gran talento y sus grandes virtudes, hubiera podido escalar todas las altas dignidades de la Iglesia, pero le conformó mejor el título de Rector del Rosario, con el cual ha hecho, sin quererlo, más brillante su gloria y más imperecedero su recuerdo entre los colombianos. Dios derramó a manos llenas el tesoro inagotable de sus dones en el doctor Carrasquilla. Por cualquiera faceta que se le considere aparece como un varón completo, realizada su existencia por la virtud y el desprendimiento. Compartió con Cortés Lee durante un cuarto de siglo el cetro de la cátedra sagrada, venciendo al elocuente humanista en el método docente de sus oraciones; revivió el estudio de la filosofía tomis-